CONSEJO VENEZOLANO DE RELACIONES INTERNACIONALES
Pensamiento Independiente para la Acción Global

MAQUIAVELO Y RICHELIEU, ÉTICA Y REALISMO POLÍTICO

Eloy Torres (*)

29 de octubre de 2026

Muchas veces recurrimos a la memoria, que emana de lo vivido para explicar ciertos elementos que transcurren en la cotidianidad. Está el caso de lo que siempre me decía, muy sabiamente, Evarista, mi abuela paterna: "el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones". Lo que nos lleva a comprender que no existe una relación lógica y necesaria entre intención y resultado. Igualmente pasa con la frase "el fin justifica los medios", la cual fue consumida en el tiempo y asimilada como si fuese expresada por Nicolas Maquiavelo. A pesar de no ser escrita por el filósofo florentino, la misma nos conduce a considerar que para él, el poder requiere de fortaleza a fin de cumplir su papel. Es decir, tal como lo señala en su libro *El Príncipe*:

> "…en las acciones de los hombres, y particularmente de los príncipes, donde no hay apelación posible, se atiende a los resultados. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos; porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito". (Ver Cap. XVIII "De qué modo han de guardar los príncipes sus promesas", Alianza Editorial, Madrid, 2010, p. 48).

Esta visión, malinterpretada en general, domina el escenario de la política. Por tanto, los menos consustanciados con el texto de Maquiavelo, claro está, al hacerlo exudan orgullo al sentirse inspirados en éste y se explican con la manida frase "el fin justifica los medios". Un grave error

Los tiempos (siempre hay que comprender las épocas para comprender los análisis de los autores) obligaron a Maquiavelo a reflexionar y dejar en sus textos la idea acerca de lo incompatible que resulta la relación entre la moral y la política. Ello, por supuesto, no impidió que otros pensadores cavilaran también al respecto. Por ejemplo, tenemos al pensador alemán, Max Weber quien procuró, desde una perspectiva lo suficientemente explicita, reponer la supremacía de la ética en la esfera política. Al referirse a dos pecados capitales —la falta de objetividad y la incapacidad del político para asumir la responsabilidad de sus actos—, Weber diferencia, en su visión, a la ética de las intenciones (principios y convicciones) de la ética de la responsabilidad, que implica asumir la responsabilidad de las consecuencias de cualquier acción humana.

Max Weber hace ver que no es suficiente hablar de las "buenas intenciones", sino demostrar la capacidad de responder por los actos propios; es decir, asumir por igual los fracasos y los éxitos. El político serio y responsable no puede ser ese que habla lo que la gente quiere oír, como tampoco aquel cuya estrategia es fundamentada en ofrecimientos que no puedan ser cumplidas, justamente por la incapacidad para hacerlas real. Esto es, en el espacio público, la ética de las intenciones, devenida en una ética de la irresponsabilidad, fundamentada en la manipulación de las emociones colectivas. Algo propio del populismo, tan característico de estos tiempos.

Justamente en nuestro país, el máximo exponente de la ética de las supuestas buenas intenciones es el Estado y sus ejecutores, los distintos gobiernos (dictatoriales y democráticos) que han sucedido en nuestra "tierra de desgracia", parodiando al genial José Ignacio Cabrujas.

Casi nunca hay coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Mientras ello ocurre, la calidad de vida del ciudadano se deteriora y los resultados generan angustias y nos enfrenta a circunstancias no deseadas.

El ya citado Max Weber describe el comportamiento típico de un político de poder para quien su imagen de hombre fuerte importa más que la asunción de responsabilidad política. Ello es muy común. Basta leer la prensa mundial para encontrar numerosos ejemplos. Así es como sus acciones tienen las consecuencias más precarias: genera y perpetúa la confusión, instaura la arbitrariedad en las decisiones políticas y transforma la irresponsabilidad ética y política en un modelo de conducta pública. Su objetivo es ejercer el poder por el poder mismo, lo cual se

expresa, incluso, en esa forma tan aberrada, como lo es el nepotismo, no para llevar a cabo un proyecto político, sino para perpetuarse en el poder.

La consistencia y seriedad de un político se debe observar en su comportamiento. Ambas cualidades, también deben prevalecer, así como mostrar vitalidad en el terreno internacional. Los Estados están obligados a comportarse con claridad de objetivos para sus pueblos. Claro está a partir de su conocimiento y reflexión sobre su actuación y desempeño. Para lo cual nos viene en ayuda la dicotomía entre dos visiones, el realismo y el idealismo políticos, que han acompañado al comportamiento de los actores que dominan las Relaciones Internacionales. Aunque éstas, han experimentado variaciones propias de la adaptación de estas premisas al contexto y al tiempo. Vale decir, adecuaciones para una mayor asimilación y comprensión del objeto de estudio. Sobre esto lo trataremos más adelante.

Mientras tanto, abordaremos que en la política está en el origen de las acciones del poder, el manejo de las otras profesiones, vinculados al tema de las leyes, la política exterior, la defensa del país, la distribución de fondos públicos y los niveles de impuestos. Si la política se ejerce sin escrúpulos, es de esperar que otros ámbitos se vean obligados a actuar de forma poco ética; el ámbito más afectado podría ser la administración pública. Para algunos la política es una ocupación temporal, para otros, se convierte en una carrera profesional, incluso pueden llegar a adquirir las características propias de una profesión en particular. Por ejemplo, los comunistas se autocalifican como "revolucionarios profesionales".

La acción política se separa inadmisiblemente de las consecuencias que surgen al elegir el objetivo y las tareas para alcanzarlo: la acción política se lleva a cabo sobre la base de la deontología de la responsabilidad ética. Max Weber interpreta con bastante precisión la política en el contexto del Estado como un medio específico de dominación legítima. En las comunidades humanas, se destacan las condiciones que determinan las peculiaridades éticas de la deontología política.

Las consideraciones de Max Weber ya señaladas marcan la ética de la convicción:

> "…a pesar de sus elevadas exigencias en cuanto al nivel total, puede ser, por su forma más sistematizada, tolerante con las infracciones en particular. Pero, no lo es siempre; más bien representa, la mayor parte de las veces, la forma específica del rigorismo moral" (Max Weber, *Economía y Sociedad*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, p. 423).

Lo anterior nos lleva a interpretar de este pensador que su visión apunta a valorar la disposición del individuo que asume su responsabilidad total por la interioridad del futuro del mundo. El eticista que sigue el principio de la convicción según Max Weber es un racionalismo ético-cósmico.

Argumenta los hechos que surgen de la autoevaluación de la acción ética sin tener en cuenta la naturaleza de los medios empleados ni las posibles consecuencias. Weber aclara en sus reflexiones la importancia de diferenciar al político de vocación, es decir, el que vive para la política del que vive de ella, con lo cual lo cual aborda el sentido moral de esa vocación.

En una democracia actuante, se valora la conjunción de lo moral con el ejercicio del poder. Es deseable y necesario. Es un vital fundamento para que ella aborde los temas cruciales mediante la resolución pacífica de los conflictos que pudieren surgir de las diferencias, vale decir, sin violencia entre grupos de interés. Deben negociar y conciliar las diferencias; por lo tanto, se debe privilegiar la comprensión y respeto a los acordado.

Para el establecimiento y desarrollo de una democracia, es necesario que las relaciones entre los ciudadanos y entre estos y las instituciones sean vínculos de confianza. Éstas, no pueden establecerse como tampoco mantenerse si reiteradamente se acude al engaño a la mentira de los ciudadanos, a la falsedad crónica o, en cuestiones cruciales, al secretismo y la opacidad permanente. Todo en nombre, en algunos casos, de alguna bandera ética para evitar que llegue al gobierno un partido adversario: un tipo de estratagema, por demás recurrente, para ocultar la ineficiencia, la corrupción o la falta de transparencia.

Los eticistas abordan los problemas de la ética política bajo el término genérico de "el problema de las manos sucias". Este término nos rememora el título de la obra *Les mains sales* de Jean-Paul Sartre, así como la lectura caricaturizada de *El Príncipe* de Maquiavelo. La idea central que dio origen a esta formulación es que, una vez que una persona se involucra en la política, no puede permanecer con las manos limpias, e incluso a veces, por razones de Estado, puede mancharse las manos de sangre.

Richelieu, el Cardenal y Primer Ministro de la Francia de mediados del siglo XVII, denostado por la pluma de Dumas, es el arquetipo de tal figura. Hombre frío y calculador que buscaba el interés nacional de Francia. Por lo que vemos en él, el exponente de la ruptura entre moral y política, con lo que se ha justificado a lo largo del tiempo de conformidad con la archiconocida máxima: "¡El fin justifica los medios!". No obstante, se pierde de vista que el objetivo principal es la creación o preservación del Estado y del bien común.

Contrástese, sin embargo, la caricaturización y manejo degradado que se hace del realismo político de *l'Ancien Régime* en el presente, con la convicción y el sacrificio del gobernante absolutista que nos muestra

Graciela Soriano de García Pelayo a través de su examen al testamento político de Richelieu:

> "Tal actitud [se refiere a la prudencia incansable para anticipar los males que pudieran quebrar el goce del bien común y la integridad del Estado] no se asume sin esfuerzo; exige de los gobernantes sabiduría, habilidad, meditaciones perpetuas, abandono del reposo y de todo placer, como no sea aquel que pueden recibir viendo a mucha gente dormir sin temor a la sombra de su vigilia, y vivir felices, por su miseria". (Graciela Soriano de García Pelayo, *La praxis política del absolutismo en el testamento político de Richelieu*, publicada por el entonces Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1979, p. 219).

Del pensamiento de Maquiavelo y Richelieu, debemos hacer la obligatoria traslación a los tiempos contemporáneos, donde la ciudadanía ha de ser astuta y virtuosa si verdaderamente codicia el vivir en una república: a diferencia del absolutismo, donde el bien común descansaba en el monarca soberano, en toda república ese desvelo es una corresponsabilidad ciudadana, no el ejercicio pasivo de votar o la irresponsabilidad de dejarse llevar por un liderazgo mesiánico que reclama todo el poder para sí mismo.



Hegel y el realismo político

Para Hegel, las dos figuras heroicas en la política moderna fueron Maquiavelo y Richelieu. Consideraba *El Príncipe* como "la más grande y

auténtica concepción de un verdadero genio político", con el fin más elevado y más noble, y a Richelieu su más perfecta realización:

> "…las reglas de la moral privada no limitan la acción de los Estados; un Estado no tiene otro deber que sostenerse y fortalecerse. Los enemigos de Richelieu –la nobleza francesa y los hugonotes– se sometieron no a Richelieu personalmente sino al principio de la unidad nacional francesa que éste representaba" (George Sabine, *Historia de la Teoría Política*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, p. 465).

Richelieu representó un momento en la historia de Francia y marcó un determinado proceso que Hegel llamaría "el espíritu absoluto". Es la idea de la razón la que comenzaba a dominar al mundo. Los enemigos de Richelieu – la nobleza francesa y los hugonotes – se sometieron no a Richelieu personalmente sino al principio de la unidad nacional francesa que éste representaba, respaldado por el poder real:

> "Siendo el poder una de las cosas más necesarias para la grandeza de los Reyes, y para la felicidad de su gobierno, los que tienen la principal dirección de un Estado, están particularmente obligados a no omitir cosa, que pueda contribuir para hacer a su Señor tan autorizado, que sea por este medio respetado por todo el mundo. Como la bondad es causa del amor; así el poder es causa de temor: y es cierto, que entre todos los Príncipes, capaces de mover un Estado, el temor que se funda en la estima y la reverencia, tiene esta fuerza, que empeña más a cada uno a cumplir con su deber. Si este principio es de grande eficacia dentro de los Estados, no lo es de menos, para fuera de ellos. Mirando los vasallos, y los extranjeros, con los mismos ojos un poder formidable, los unos, y los otros se abstienen de ofender a un Príncipe, que reconocen que está en estado de hacerles mal, si quiere (…) El Príncipe debe ser poderoso por su reputación. Por un considerable número de hombres de guerra, continuamente sustentados. Y por una notable cantidad de dinero en sus tesoros para socorrer en las ocasiones no previstas, que sobrevienen frecuentemente, cuando menos se piensa. Y finalmente por la posesión del corazón de sus vasallos…" (Cardenal de Richelieu, *Testamento Político*, Parte II, Cap. IX "Que trata del poder del Príncipe", Imprenta Juan García Infanzón, Madrid, 1696, p. 350-352).

Consideramos fundamental, siguiendo a Hegel, la presencia de ambas figuras para la comprensión de la política. Es una contribución esencial, la cual sirve para ponderar la contradicción entre los principios y consecuencias, en este caso, de la ética, en tanto que componente de la filosofía que aborda la explicación de la conducta humana. Desde el punto de vista del bien y el mal, lo que es correcto y lo que no; luego, la virtud y el deber del individuo. En todo caso, estaríamos ante el hecho de que si nos abrazamos dogmáticamente sólo a los principios nos enfrentaríamos a absurdas consecuencias, así como si asumiéramos la responsabilidad de sacrificar cualquier cosa en su nombre.

Por cierto, esto último es algo muy común en los discursos de los políticos irresponsables que juegan con los conceptos de soberanía y dignidad, con tanta facilidad. Basta revisar la historia para comprobar el manejo

discursivo para validar sus opiniones acerca de un hecho político vinculado a un tema de interno y más gravemente aun a los propios de los asuntos externos. "¡Que perezca el pueblo, pero que no mueran los principios de dignidad!".

El *leitmotiv* de Maquiavelo y Richelieu es la prudencia como principal virtud en el arte de gobernar. Sobre esto, el Cardenal Richelieu nos dice que el prevenido vale por muchos:

> "…es más importante considerar lo porvenir, que el presente; y que son tantos los males, como los enemigos de un Estado, que vale más salirles antes al encuentro, que reservarse para echarles, después de su llegada". (Cardenal de Richelieu, *Testamento Político*, Parte II, Cap. IV "Cuan necesaria es la Providencia para el gobierno del Estado", Imprenta Juan García Infanzón, Madrid, 1696, p. 302).

Claro está que la política tiene su lado oscuro. Esto puede ser visto como algo inmoral. Ahora bien, la inmoralidad política se puede resumir a usar al ser humano, cual pieza de cambio, o una baraja de un juego de naipes; el engaño, el no cumplir lo prometido, el cinismo (como, por ejemplo, usar los muertos en una tragedia), el manejo concesionario fácil y acomodaticio en cualquier negociación, la demagogia, la traición, así como la manipulación de las circunstancias con propósitos subalternos. Todo ello se puede tipificar como vicios de la política.

Uno de los aspectos más debatidos de la ética política es la llamada mentira por el bien público. Maquiavelo reivindicó la mentira como necesidad política:

> "Ya me guardaría yo bien de dar tal precepto a los príncipes si todos los hombres fuesen buenos; pero como son malos y están siempre dispuestos a quebrantar su palabra, no debe el príncipe ser exacto y celoso en el cumplimiento de la suya; él siempre encontrará fácilmente modo de disculparse por esa falta de exactitud" (Maquiavelo, *El Príncipe*, Cap. XVIII "De qué modo han de guardar los príncipes sus promesas", Alianza Editorial, Madrid, 2010, p. 47).

Las excusas comunes para mentir en política pueden ser identificadas. Por lo que el político busca convencer a los votantes, por ejemplo, lo que la gente quiere escuchar. Una vez en el poder pueden o no cumplir lo prometido, no importa las consecuencias. Lo que sí está claro es los votantes irresponsablemente los disculparán cuando perciban que las consecuencias del gobierno son beneficiosas, sin importarles los principios.

De manera oblicua, Kissinger lo señaló en el ámbito de la política exterior:

> "No todo aquello que suena como algo plausible es correcto, y muchas cosas que son correctas no parecen plausibles la primera vez que se las presenta" (Henry

Kissinger, *Política exterior americana*, Plaza & Janés, S.A. Editores, Barcelona, p. 22)

Especialmente en la diplomacia, es la cortesía la que prevalece; es decir, mentir inofensivamente. Esta categoría incluye las llamadas mentiras piadosas, aquellas sin consecuencias. No es casual se califique al diplomático, como a un ser a quien le pagan por mentir. Hacerlo puede tener como objetivo proteger secretos. Hay información que no puede divulgarse públicamente porque causaría daño sin producir consecuencias deseables. El mismo argumento se utiliza en el caso de secretos privados, no sólo secretos de Estado. Se invoca el derecho a ocultar información.

Un problema central de la política, tanto legal como moralmente, es la corrupción. Se dice que el poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente. Desde un punto de vista moral, la corrupción tiene los mismos efectos que el engaño: daña, o, si es endémica, destruye la confianza en el gobierno. En este mismo sentido, cabe mencionar una práctica política frecuente y necesaria: el compromiso.

El compromiso es un acuerdo (político, en este caso) mediante el cual algunos agentes obtienen una ventaja a través de la cooperación mutua y temporal, para objetivos, políticas o intereses limitados, con el fin de asegurar el logro de otros a largo plazo y de mayor importancia. No hay nada inmoral en el compromiso en sí mismo, sino en algunas de sus implicaciones. Lo que traspasa la línea entre el compromiso moralmente aceptado y el inaceptable es el abandono de grandes objetivos e intereses fundamentales, lo cual daña gravemente la integridad del político o del partido: el sacrificio de principios fundamentales (el núcleo sólido). El compromiso entonces trae consigo la responsabilidad negativa y aislamiento moral.

La política y la moralidad

Es valido reconocer que existe un elemento que exige moralidad a la política: la búsqueda de un bien superior. Esta es la motivación para la frecuencia de los actos que puedan considerarse inmorales desde la ética pura. En cambio, la política implica acciones necesarias, no necesariamente buenas. El argumento fundamental que la moral política es que tiene normas específicas, relativamente diferentes de la moral privada. La noción central es la de la moralidad de roles.

En política es fácil mancharse las manos, e incluso, puede ser lo correcto. A veces es necesario manipular, mentir y traicionar, y estos comportamientos son más comunes que en la vida privada. Sin embargo, dado que en las democracias los políticos representan a los ciudadanos y a sus grupos de interés, deben tener una justificación moral para sus actos. Pero la vida pública es pluralista. Las políticas que aprobamos se

consideran morales, y las que desaprobamos, inmorales. En política, la elección es de todos; en moral, la elección es propia: en política, el poder de elección está por encima de los individuos, sobre todo, al tratarse de asuntos de Estado.

Por ello, resulta lícito explicar la existencia de una moralidad pública de naturaleza distintita. Habría que destacar que los actos relacionados con las políticas públicas cambian la vida de muchas personas; por lo tanto, la responsabilidad por las consecuencias es significativamente mayor que en los actos de la vida personal o incluso profesional. Luego, el ámbito público implica el "monopolio de la violencia legítima" (Weber *dixit*), y le es dable hacer al Estado lo que no a los individuos. En una democracia, los gobernantes tienen la obligación de proteger los intereses de quienes representan, independientemente de si pertenecen a su propio partido, son ciudadanos independientes o están afiliados a otros partidos. Por lo tanto, los políticos deben tener un componente ético de responsabilidad.

La política se rige por la cuestión de la imparcialidad y la neutralidad moral. Por ejemplo, el nepotismo tiene mala reputación, al igual que el trato preferencial basado en criterios personales. Los gobernantes se rigen por una norma distinta a la de los particulares: ¡no se debe abusar del poder para fines personales! Sin embargo, la existencia de esta norma no garantiza que no se aplique un trato preferencial basado en otros criterios, por ejemplo, a grupos de interés financiero que apoyan a políticos en sus campañas y pueden contribuir al interés nacional.

Un papel fundamental de la política es aplicar estrategias de justicia, incluso delinear los significados contextuales de la misma. En general, la justicia se concibe como justicia procesal y justicia retributiva. La ley debe ser igual para todos, cada persona recibe lo que le corresponde. Pero este tipo de justicia tiene su cuota de ceguera. Si a los agentes del orden se les pide simplemente que la apliquen, a los políticos en el poder se les exige que vean algo más: que vean más allá de la igualdad, más allá de las normas y las situaciones particulares, los grupos desfavorecidos, la injusticia, incluso la "inmoralidad" de las leyes ciegas. En relación con esto, los políticos deben identificar a las víctimas de la injusticia y las estrategias de compensación: la justicia compensatoria. Es la expresión práctica del arrepentimiento moral en la política. Estos enfoques son frecuentes en relación con los grupos raciales y étnicos.

En la etapa contemporánea, se destaca la tradición intelectual e instrumental de la protección de los derechos humanos como fundamento universal de las relaciones mutuas entre la deontología política y moral. Los derechos humanos constituyen ese límite que puede quebrar cualquier intento de las diversas fuerzas políticas. En el ámbito del Derecho Internacional, sus principios fundamentales se recogen en la

Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada por la ONU el 10 de diciembre de 1948 y posteriormente codificada en una serie de convenios legislativos. La importancia moral de los documentos mencionados es difícil de evaluar. Desde la perspectiva dialéctica, las interconexiones representan la difusión y el reconocimiento de los derechos humanos como un valor universal y el consenso para su aplicación en la política práctica.

La exigencia de derechos humanos tiene su origen, como sabemos, en la tradición de la Ilustración europea y, desde sus inicios, abarca el espacio sociocultural europeo. Es necesario distinguir entre los derechos humanos como derecho a la protección frente a las demandas del Estado (derechos humanos) y como derecho a participar en el proceso político (derechos civiles). Dentro de la formación política, se vuelven efectivos y reales sólo cuando se consagran institucionalmente y, por consiguiente, su violación conlleva una sanción inmediata.

Las directrices deontológicas, las normas de obligación ética y las representaciones de la obligación en la política resultan ambiguas y contradictorias. En el ámbito moral, la búsqueda de la obligación representa la correspondencia de la política con ciertos criterios, en principio con los criterios superiores de la moralidad. La obligación en política representa la consecución de los resultados deseados. Surge entonces el dilema de Maquiavelo: la elección entre alcanzar objetivos políticos por cualquier medio, incluso inmoral, es decir, cumpliendo con el deber político, u observar la obligación ética, a costa de los resultados políticos.

La política no se vuelve impecablemente moral si la obligación se limita únicamente a su correspondencia con las normas de la moralidad, pero su realización no proporciona resultados políticos; más precisamente, no realiza la obligación política, ya que en política coexisten dos obligaciones: la moral y la de interés. Al realizar la obligación moral, no se obtiene política; al realizar la de interés, no queda espacio para la moralidad. Si es imposible cumplir ambas obligaciones simultáneamente, entonces es inevitable elegir entre ellas, y el actor político, naturalmente, opta por la obligación del interés, que tiene fundamento ético. Esta conclusión deontológica, según creemos, tal como se conoce, es planteada por Maquiavelo.

Aristóteles iniciador de la tradición de la ética de las virtudes y del debate teórico sobre las "virtudes cívicas", como él las llamó. Es decir, la ética debe tener un valor práctico; por lo tanto, no puede limitarse a una multitud de preceptos que trascienden a la persona. Nos interesa igualmente quién practica estos preceptos. ¿Qué tipo de persona debe ser, pues existe un vínculo causal entre el carácter y la acción? Para que

un hombre actúe correctamente, debe ser justo, poseer la virtud de la rectitud. Las virtudes se desarrollan mediante la reciprocidad y conducen a la concordia como una forma mutua de reconocimiento y confirmación. La virtud más significativa de los líderes políticos es la sabiduría práctica, esto es, la prudencia.

¿Hay moralidad en las Relaciones Internacionales?

En toda esta incursión que apunta a descifrar la dicotomía entre política y moralidad, nos referimos al concepto del realismo y del idealismo político. Por razones de inclinación de este trabajo, voy a referirme en términos muy sucintos, aunque lo suficientemente explícitos, acerca del segundo. Éste traduce el elemento vital, circunstancialmente hablando presente en la disciplina de las Relaciones Internacionales. Ésta, surgió y se desarrolló, como se sabe, en tanto que producto ideológico, utilizado para explicar los acontecimientos políticos, económicos, sociales y culturales, fundamentalmente en el siglo XX. El idealismo político emana de la teoría fundacional, por demás presente en la literatura y el cual es el liberalismo.

Hay que comprender que las diferentes teorías de las Relaciones Internacionales no pueden realizarse sin comprender el contexto histórico en el que se configuran. Por ello, abordaremos su papel fundamental, observándolo en un doble sentido: el de la historia política y de la historia en tanto que disciplina. El idealismo tuvo un papel especialmente relevante en todos los acontecimientos y desarrollos que condujeron a la Primera Guerra Mundial. La duración de la guerra, su carácter "total" en cuanto a la implicación internacional, la movilización interna, las armas utilizadas y el número de víctimas, sorprendieron tanto a los políticos como a la opinión pública. El hecho de que tales atrocidades pudieran ocurrir de nuevo, planteó una serie de interrogantes esenciales sobre la naturaleza de los Estados, la política exterior, la naturaleza de la guerra, el orden mundial y la posibilidad de la paz mundial.

La guerra condujo a una conclusión fundamental: las Relaciones Internacionales ya no podían organizarse como en el siglo XIX y el período anterior a 1914; el sistema de equilibrio de poder propio de las grandes potencias del siglo XIX se consideró responsable del fracaso total y trágico en el mantenimiento de la paz y del sacrificio de naciones en las guerras de las grandes potencias. En este contexto, se intensificaron las reflexiones sobre el significado del sistema internacional y las formas en que puede transformarse, constituyendo los primeros trabajos de lo que se denominaría la escuela idealista en las Relaciones Internacionales.

Entre los principios de la nueva visión de posguerra se encuentran: la así llamada eufemísticamente "la diplomacia abierta", el libre comercio, el

desarme, la seguridad colectiva, el derecho de las naciones a la autodeterminación y la idea de una «asociación general de naciones» en la que los grandes y pequeños Estados serían iguales, lo que sirvió de base para la creación de la efímera Sociedad de Naciones.

La corriente idealista logró abarcar los debates teóricos, políticos y mediáticos inmediatamente después de la guerra y durante la década de 1920, y éste, se consolidó como el primer esfuerzo intelectual sistematizado para explicar y buscar soluciones a un problema considerado internacional, por excelencia: la prevención de la guerra y la promoción de la paz.

En los años siguientes, el fracaso cada vez más evidente de la Sociedad de Naciones, fue emblemáticamente notorio y constituyó, probablemente, el intento más extenso de poner en práctica el idealismo. Luego, hay que mostrar que la cadena de acontecimientos como la creciente tensión en el escenario internacional a finales de la década de 1920 y en la de 1930 (basta evocar los actos de agresión de Italia, y su fortalecimiento, al igual que el rearme de Alemania, el fortalecimiento del comunismo, en Rusia) fueron fundamentales para convencer a algunos autores a cambiar de perspectiva e ir asumiendo la tesis de que el idealismo es una visión equívoca de las Relaciones Internacionales, probablemente también peligrosa, porque en sus aspiraciones, aparentemente generosas, sólo conducen a consecuencias opuestas.

El fracaso del idealismo político, en tanto que pretendida visión "omniabarcante" otorgó al realismo político un as de gran importancia y credibilidad, especialmente después de 1945, tras concluir la Segunda Guerra Mundial. El realismo político es el paradigma central de la disciplina de las Relaciones Internacionales, que las presenta como una lucha permanente de los actores, léase los Estados por sobrevivir y dominar a otros en esa citada lucha permanente. Por lo tanto, la construcción de una imagen de las Relaciones Internacionales puede realizarse tal como las dibujó en un lenguaje metafórico, Hans Morgenthau, teórico del realismo político, al comparar la interacción de los Estados en el escenario mundial con el choque de bolas en una mesa de billar.

Como quiera que la política internacional representa una lucha por el poder, ésta, puede explicarse a partir de elementos claves. Valga la ocasión para destacarlos:

A) La naturaleza humana determina la lucha por el poder;

B) A nivel estatal, el Estado se percibe como un organismo único y en función de ello actúa con los instrumentos de que dispone;

C) A nivel sistémico, se destaca el carácter anárquico del sistema internacional, que impide la generación de una autoridad suprema (árbitro), por lo que la lucha por el poder es continua.

Es aquí dónde nos encontramos con variados enfoques del realismo político. Diversas figuras, ilustran los enfoques teóricos del realismo en la historia del pensamiento político; por ejemplo, Tucídides, autor de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, quien analizó el conflicto entre Atenas y Esparta (431-404 a. C.), y advirtió algo que hoy, nos sirve para comprender las Relaciones Internacionales en general y la rivalidad actual EEUU-China en particular: la llamada "Trampa de Tucídides", de que la verdadera razón de la guerra entre Atenas y Esparta, lo constituyó el creciente poder de la primera y el temor que esto ocasionó en la segunda.

También está el ya citado Maquiavelo, quien propuso el concepto de equilibrio de poder. Por su manifiesta desconfianza hacia la moralidad absoluta, implícitamente defendió una nueva moralidad pública. Con sus consejos al Príncipe, le instaba a que, para alcanzar el éxito en sus políticas —y lograr unificación de la Italia renacentista por la que abogaba—, debía desviarse de la moralidad piadosa en lugar de ajustarse a ella.

En tal sentido, nos permitimos destacar que en la práctica cotidiana de los políticos o decisores en materia de política exterior encontramos un empeño por hacer como válidos universalmente, distintos aspectos que requieren una comprensión particular. Ya no los había alertado Edward H. Carr en su libro *La crisis de los veinte años*, donde sostiene que el pensamiento político sólido debe basarse tanto en la utopía (es decir, elementos axiológicos) como de la realidad (es decir, el poder), del mismo modo que el utópico mira hacia el futuro, pensando en términos de creatividad espontánea, y el realista mira hacia el pasado, pensando en términos de relaciones de causa y efecto.

Para la comprensión mayor de esta visión recurrimos a Morgenthau, quien en su obra *Política entre las Naciones*, subraya que una política exterior basada en el interés nacional es moralmente muy superior a una política exterior inspirada en principios morales universalistas. Creemos entender la urgente necesidad de volver a considerar los principios del realismo político que sintetizó de manera clara. En consecuencia, toda política exterior bien formulada, los debe tener muy en cuenta.

El realismo político y los hombres de Estado

La importancia del realismo político a lo largo del tiempo ha sido esbozada por una serie de personalidades políticas, como el Cardenal Richelieu, el Cardenal Mazarino, Federico "El Grande", el Cardenal Fleury, Charles

Maurice de Talleyrand, Klemens von Metternich, Alexander Hamilton, Otto von Bismarck, Charles de Gaulle y Henry Kissinger.

El Cardenal Richelieu en su práctica de política exterior presenta elementos de realismo, como el uso del concepto de razón de Estado, que presupone que el Estado está autorizado a violar la ley en nombre de un criterio de interés superior. No es casual que Hegel, el gran filósofo alemán le considerase un "genio político" pues, resumía o se identificaba con un principio: la unidad nacional.

También está Otto von Bismarck, como defensor de la *Realpolitik*, pues creía que el poder es el factor más decisivo en la política internacional: "Quien se encuentre en la coalición más débil en caso de guerra será mucho más sumiso".

Bismarck, como se sabe llevó a cabo una diplomacia que produjo una serie de alianzas interconectadas, en parte superpuestas, en parte competitivas, que aseguraron los intereses nacionales de los Estados.

También es válido destacar el papel y el estilo intransigente y a la vez realista de la diplomacia de Charles de Gaulle. Sus intenciones iban más allá respecto al destino de Europa, buscó una redefinición del antiguo sueño de Richelieu y de Napoleón; es decir, de una Francia hegemónica.

Por lo que todo lo que constituyó en materia de política exterior fue de conformidad con el interés nacional francés. Él lo tenía muy claro y justamente no quería depender de ningún factor extraño a Europa. Francia debía ser la guía de ese sueño, por lo que para él era imperioso mantener una postura fundamentada en la independencia. Éste, sentenció algo que nos debería sonar en los oídos desde el 3 de enero de 2026: "Es intolerable para un gran Estado dejar su destino en manos de las decisiones y acciones de otro Estado, por muy amigo que sea".

Sobre esto último hemos destacado en algunos escritos la importancia de pensar las soluciones, con cabeza propia. Tomemos como ejemplo el viejo Partido Comunista de Venezuela (PCV), el cual obnubilado por la figura y ejemplo de Fidel Castro en Cuba, apostó sus fuerzas, prestigio, su autoridad política y moral para iniciar un proceso insurreccional en todo el país. Un acto o acciones de valentía, audacia y febril deseo de seguir el ejemplo antillano. Era la Guerra Fría. El resultado fue una derrota militar y política. La realidad le dio la espalda a esos corajudos, valientes e incluso inteligentes hombres que ilusamente, se entregaron a buscar su "vellocino de oro", para concretar su utopía. Conclusión, un partido fragmentado por los embates de las respuestas político-represivas del gobierno; gobierno que fue combatido con todas sus fuerzas nacionales y extranjeras (fundamentalmente cubanas)

La inteligencia o la realidad los conminó a rectificar. Ese proceso de rectificación los llevó a enfrentarse en varios escenarios: nacionales e internacionales. En el país, los órganos oficiales que buscaban agostar a las fuerzas insurgentes. Ellos, no distinguían entre quienes querían "respirar oxigeno democrático venezolano" y quienes mantenía la ciega postura de escuchar el son cubano. La alta dirigencia del partido gobernante liderada por Raúl Leoni, comprendió el alcance de esa nueva política del PCV y aceptó la concreción de una negociación que permitiera un clima de inclusión política, como de superación de la conflictividad.

Por otra parte, algunos grupos enceguecidos por el néctar insurreccional, elaborado por La Habana, apostaron por continuar la senda guerrerista e insurreccional, por demás absurda, pues no querían ver que la realidad les había dado la espalda. Fueron derrotados. No quisieron comprender el contexto político e iniciaron una campaña que llegó a niveles de violencia contra el PCV y fundamentalmente con los pocos, como corajudos militantes de la Juventud comunista.

Internacionalmente el PCV, tuvo que realizar una campaña política para explicar y rechazar los improperios y agresiones que provenían de La Habana, concretamente de su máximo líder, Fidel Castro y sus conmilitones. La solidaridad de los comunistas latinoamericanos fue muy débil y prácticamente invisible. El PCV y la Juventud Comunista estaban solos.

La gran enseñanza de ese periodo histórico reside en la urgencia por comprender la realidad, antes que el dogma: en las relaciones entre Estados no hay amigos ni hermanos, tampoco enemigos eternos, hay intereses.

Del mismo se debe extraer la enseñanza acerca de lo que busca la política. Ella procura el interés y el poder. Por lo que hay que verla en términos realistas. Ese período señalado más arriba nos mostró un modo particular de verla, para ayudar. Por ejemplo, veamos al analista y Estadista, Henry Kissinger, un realista político contemporáneo, en el contexto de la Guerra Fría, quien no podía imaginar otro objetivo para el poder estadounidense que la búsqueda de la supremacía global (por ejemplo, la Guerra de Vietnam de 1961-1975). Una idea fundamental del realismo político de Kissinger es que todo acontecimiento político en cualquier parte del mundo requiere una respuesta en otro lugar.

El realismo político se constituyó como paradigma de las Relaciones Internacionales en el siglo XX, pero sus raíces teóricas, como sabemos, son muy antiguas, y se inician desde la antigüedad, desde Tucídides, pasando por San Agustín de Hipona, Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Hegel y Dostoievski, llegando a fortalecerse con autores como Reinhold

Niebuhr, Edward H. Carr, Hans Morgenthau, John Herz, Raymond Aron, Nicholas Spykman, George Kennan, Henry Kissinger, Piotr Savitsky, Zbigniew Brzezinski, Kenneth Waltz, John Mearsheimer y otros. De manera que, la aplicabilidad del realismo político en la política y en las Relaciones Internacionales, encarnada por estas grandes figuras, evidencia su funcionalidad. En la era de la información, abordar la realidad según el realismo político y sus postulados básicos facilita la percepción objetiva de los hechos.

Los políticos, posiblemente no lo asumen en tanto que condicionamiento deontológico, pero si lo hacen forzados por la realidad. Ellos son a su vez, ciudadanos. Reflejan los valores de la sociedad en la que viven y están llamados a responder a la voluntad popular, es decir, al respeto a la ley, la participación comprometida, la tolerancia, el respeto a los demás y la responsabilidad en la búsqueda del interés público. Si bien los políticos suelen tener compromisos a corto plazo (generalmente durante un mandato), la administración pública se centra en el desarrollo sostenible de la sociedad (proyectos a largo plazo).

Debe existir coherencia entre las políticas de los partidos que se suceden en el poder, y la visión de Estado. Es aquí donde la política exterior juega un papel primordial. Hemos dicho con cierta frecuencia que la política exterior es "la conducta de un Estado frente al mundo exterior" (Hans-Joachim Leu, *Estructuras Internacionales*, FCJP-UCV, Caracas, 1976, p. 18). Lo que nos lleva a considerar que, si bien el Estado es un solo ente, el mismo debe reflejar a toda la sociedad y no a un sector en particular. En una democracia moderna, motivada por un universo axiológico inclusivo, el partido circunstancialmente en el poder, debe expresar con sus matices, la voz de toda una sociedad; es lo que llamaríamos expresar el interés nacional.

Por lo que trataremos de acercarnos, en tanto que preocupación intelectual al tema de la ética en las Relaciones Internacionales, intentando describir dos posturas arquetípicas en diálogo permanente, tal como advertimos más arriba. Los años formativos de la disciplina de las Relaciones Internacionales se caracterizan por un debate entre dos escuelas de pensamiento —el realismo y el idealismo/liberalismo. Reiteramos la concepción que emana de Tucídides, Maquiavelo y Thomas Hobbes como precursores intelectuales del realismo. El realismo ha sido descrito en la literatura como un paradigma conservador, partiendo de sus postulados según los cuales no existe cambio en la naturaleza humana, de lo cual se deduce necesariamente que no hay progreso, pues la naturaleza humana es imperfecta, egoísta, orientada hacia la lucha por el poder y caracterizada por un deseo insaciable de dominación (*animus dominandi*).

El paradigma realista criticado durante mucho tiempo por su "estatocentrismo". Pues, bien se ha demostrado la estrecha relación con el pensamiento de Hobbes, según la cual el Estado goza de un monopolio sobre la violencia legítima (retomado por Weber) porque los pueblos del mundo confían en el Estado para proteger sus intereses de los riesgos y amenazas de otros Estados y actores internacionales.

En la literatura especializada, se argumenta que el lugar de la moralidad en la política exterior fue una preocupación central de la tradición realista clásica, no sólo en textos canónicos, como el *Diálogo de Melos* dentro de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides y *El Príncipe* de Maquiavelo, sino también en las obras de realistas del siglo XX, como Reinhold Niebuhr, Edward H. Carr, o Hans Morgenthau, para quienes las acciones de los Estados no están determinadas por principios morales ni por disposiciones legales, sino por intereses y poder.

La posibilidad de un comportamiento moral reside en la necesidad de un gobierno eficiente que pueda desalentar y castigar las acciones ilegales. Hans Morgenthau apoya la necesidad de una separación absoluta entre lo que es moralmente deseable y lo que es políticamente real. Un principio del realismo teorizado por el autor es que el interés de los Estados se define en términos de poder, siendo este un concepto central de la visión realista, ya que es el motor que determina las relaciones entre los Estados en el sistema internacional. En este enfoque, el poder es la noción que describe la autonomía del ámbito político en relación con la religión o la moral.

La línea liberal se identifica con autores de la Ilustración europea, como Kant, John Locke, John Stuart Mil.

Según la tipología de la evolución del enfoque liberal en las Relaciones Internacionales, podemos destacar varias etapas:

- La primera fase de la disciplina académica se caracteriza por el idealismo o liberalismo utópico (Woodrow Wilson),

- Posteriormente, se aborda la teoría funcionalista de la integración (David Mitrany, Karl Deutsch), hasta la década de 1980, que caracteriza el periodo del institucionalismo liberal (Keohane y Nye).

En una reafirmación de la teleología liberal, Fukuyama consideró que el progreso en la historia humana puede evaluarse por el grado de reticencia al conflicto global y por la apropiación de los principios de legitimidad en los sistemas políticos nacionales. El autor expone con seguridad una perspectiva apodíctica desde el paradigma liberal, según la cual la expansión de órdenes políticos nacionales legítimos conllevará la finalidad de los conflictos internacionales. Esta visión nos lleva a pensar en el

mundo de paz eterna esbozado por Kant, la paz como un ideal al que el mundo debe aspirar.

En todo caso nos encontramos con posturas cada vez más recalcitrantes que pretenden minar y agostar el arsenal epistemológico de la escuela realista, independientemente de su tipo.

Son los debates que buscan establecer normas morales y suscitan interés y preocupación en la actualidad. Entre estos, surge la preocupación de redescubrir a Kant y su gran principio, a saber, "el ser humano debe ser visto como un fin y no como un medio". O, bien, el principio según el cual, la "ética debe preceder a la política y al derecho". Ambos principios están en la mente de muchos. Apuntan a crear una ética global superadora del realismo político. Todo ello sería posible si acuerda libre y voluntariamente que los actores internacionales procuren, con sentido de lealtad, varios elementos fundamentales tan hermosos como difíciles de alcanzar.

Por una visión eutópica de la política.

Abrazamos el realismo para contrarrestar la ingenuidad y exuberancia del idealismo, sin abandonarlo por completo, lo cual puede llevarnos a la esterilidad

> "El pensamiento inmaduro es predominantemente intencional y utópico. El pensamiento que rechaza por completo el propósito es el pensamiento de la vejez. El pensamiento maduro combina el propósito con la observación y el análisis. Utopía y realidad, son así, dos facetas de la Ciencia Política [y de las Relaciones Internacionales]. Un pensamiento político y una vida política sólidos sólo podrán darse cuando ambos sean tenidos en cuenta". (Edward H. Carr, *La crisis de los veinte años (1919-1939)*, Editorial La Catarata, Madrid, 2004, p. 43).

En conclusión, somos militantes por una visión eutópica. Es decir, por la creación de una sociedad deseable, funcional y realizable que pueda servir como horizonte para la acción política. No es el mundo perfecto e imaginario de la "utopía". La "eutopía" es un "buen lugar" hacia el cual orientar nuestras acciones para transformar la realidad en algo mejor.

Creemos que la ética debe regir a la sociedad. Ella será beneficiosa, siempre y cuando no intente imponer agresivamente normas y reglas. Si se impone la ética, paradójicamente se cuestiona la legitimidad de los valores, ya que, en general, la ética es un instrumento del bien, mediante el cual se busca combatir los fenómenos negativos.

Lamentablemente en la política es muy difícil conciliar las contradicciones e internacionalmente, tal como hemos citado a lo largo de estas líneas, es más difícil aún. Eso es el drama que nos acompaña desde siempre. Pero, militemos en la esperanza eutópica de creer que en nuestras manos está lograr el deseado equilibrio entre moralidad y poder. Por lo que hay que adentrarse en la historia, para comprender este presente preñado de

tantos problemas que se resumen al rol del hombre en la consecución de su libertad, que no es otra que la edificación de su eutopía. Por lo que creemos como dice Edward H. Carr que:

> "El pasado nos resulta inteligible a la luz del presente y sólo podemos comprender plenamente el presente a la luz del pasado. Hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado, e incrementar su dominio de la sociedad del presente, tal es la doble función de la historia". (Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Editorial Ariel, Barcelona1983, p. 73).

(*) Diplomático (R). Profesor de la Universidad Central de Venezuela. Miembro de la Junta Directiva del COVRI.